

JAIME GUZMAN

Modernización universitaria: el gran beneficiado



A quienes pertenecemos desde hace largos años a la actividad universitaria, nos resulta fácil compartir el diagnóstico central de la nueva legislación promulgada en estos días sobre la materia. Efectivamente, la falla fundamental de nuestro sistema universitario reside en que él ha derivado hacia un esquema cerrado y monopólico, donde ocho universidades se distribuyen un cuantioso aporte estatal, en forma asegurada y carente de todo control.

Ello ha pretendido refutarse, diciéndose que si son ocho las universidades existentes, no cabe hablar de monopolio. O que si el aporte lo entrega el Estado y lo administran rectores designados por el gobierno, bastaría que éste adoptara las providencias necesarias para que el control sobre su buen uso quedase garantizado. Las objeciones, sin embargo, resultan falaces.

El monopolio deriva de que las ocho universidades existentes no están sometidas a ninguna exigencia competitiva entre ellas, ya que el Estado les asegura un aporte anual directo y fijo a cada una. La subsistencia de todas sus actividades carece así de todo riesgo, cualquiera sea su calidad.

Tampoco es cierto que el Estado podría ejercer controles que garanticen la excelencia académica, porque ésta resulta incompatible con un dirigismo estatista, y requiere, en cambio, una indispensable libertad académica creadora.

De ahí que en vez de idear o reforzar burocracias fiscalizadoras, la nueva institucionalidad universitaria busca el control y desafío hacia mejores niveles académicos, exigiendo la competencia entre las universidades.

Y ello lo realiza tanto al facilitar la creación de nuevas universidades como al modificar el sistema de financiamiento universitario. En este último aspecto, las universidades pasan a tener que disputarse una parte importante del aporte estatal sobre la base de conquistar la matrícula del mayor porcentaje posible de entre los veinte mil mejores postulantes, lo cual coloca a todas las escuelas y carreras universitarias ante un desafío competitivo hoy inexistente.

Atraer mejores académicos, remunerándolos según su calidad, será en adelante imperioso para captar a los mejores postulantes. La molición en que hemos visto languidecer gran parte de nuestra actividad universitaria, sufrirá ahora un remezón definitivo. El engaño representado por el vergonzoso nivel de ciertas escuelas y sedes "universitarias", tendrá ahora sus días contados.

Es lógico, entonces, que el más amplio e inmediato apoyo a la nueva legislación universitaria haya partido de los dirigentes juveniles y estudiantiles. Así como la apertura de nuestra economía a la competencia externa e interna colocó al consumidor como el gran árbitro y beneficiado, la nueva institucionalidad universitaria hace algo semejante con el alumno o postulante universitario. Y tratándose de escoger lo propio, se ha comprobado la acuciosidad con que cada cual busca y consigue la mejor información pertinente. Esa es una de las múltiples ventajas de una sociedad libre.

Los jóvenes valoran el que los egresados de la enseñanza media podrán optar entre la universidad y otros institutos de educación superior no universitarios, viendo en ello la tan anhelada y prometida diversificación técnico-profesional. Frente a eso, nada podrá el anacrónico quejido de algunas superestructuras de Colegios profesionales que, pretextando innecesarias defensas al "status" de ciertas profesiones, sólo abogan por mantener injustificados monopolios limitantes para su ejercicio.

Los estudiantes universitarios aprecian a su vez las herramientas que les permitirán exigir mejor calidad docente, como la verdadera y primordial participación que les interesa, en lugar del absurdo y demagógico cogobierno estudiantil previo a 1973.

La nueva institucionalidad universitaria tiene el sello moderno y creativo que entusiasma a la juventud, y la solidez que augura su éxito, en un campo donde el proceso de institucionalización se había rezagado, hasta el peligroso límite de empezar la cuenta regresiva.

ha sufrido un cambio sustancial apreciable —indicó el ministro—. A estas alturas estamos en un país distinto, y yo atribuyo esto al hecho básico de la conducción política firme, audaz y comprometida con las modernizaciones del Presidente Pinochet.

A juicio del secretario de Estado, las transformaciones a que alude —en el campo de la economía, la previsión, lo laboral, la agricultura, la salud y la educación— han sido hechas en forma gradual y global. El gradualismo, a medida de las posibilidades abiertas por el desarrollo del proceso transformador que se lleva a cabo, y la globalidad, en cuanto tocan a las instituciones y actividades nacionales más variadas.

El cuadro, en todo caso, opaca y revela a la vez la principal de las modernizaciones que han tenido lugar en el Chile de los últimos ocho años: la modernización política.

—Antes y por sobre las otras modernizaciones se ha producido una que ha sido silenciosa, pero que cada uno de nosotros comprende y entiende. Es la modernización política en el más amplio sentido de la expresión. Ella es la que ha dado la orientación para todas las decisiones que se han adoptado en materias políticas, económicas y sociales.

—¿Qué caracteriza básicamente el cuadro de las modernizaciones a que usted alude?

—Todas ellas tienen un objetivo común, y es que buscan introducir márgenes de libertad que los chilenos no conocían. Esta libertad no es un fin meramente romántico, sino que tiene consecuencias importantísimas en la vida de los individuos. Por eso, muchas veces la libertad provoca miedo y encuentra la resistencia de sectores retrógrados que no admiten el avance y que sólo comprenden el esquema paralizante en que se movieron en el pasado. Pienso que lo audaz y lo creador de este gobierno es que no le tiene miedo a la libertad.

—¿Cree que la gente comprende el sentido de los cambios en su verdadera dimensión?

—La libertad se fue perdiendo lentamente, desde hace mucho tiempo, como consecuencia de los experimentos socializantes que vivimos —salvo excepciones— en las últimas décadas. Particularmente grave fue tal pérdida gradual de la verdadera libertad, que sólo podía culminar, de manera inexorable, en el gobierno marxista.

—Hoy hemos recobrado esa libertad y estamos incorporando cada vez nuevas dimensiones de ella que no conocíamos. Es por esto que estoy convencido del rechazo de los chilenos a los trasnochados esquemas socializantes o comunitarios que fracasaron en el país. ■